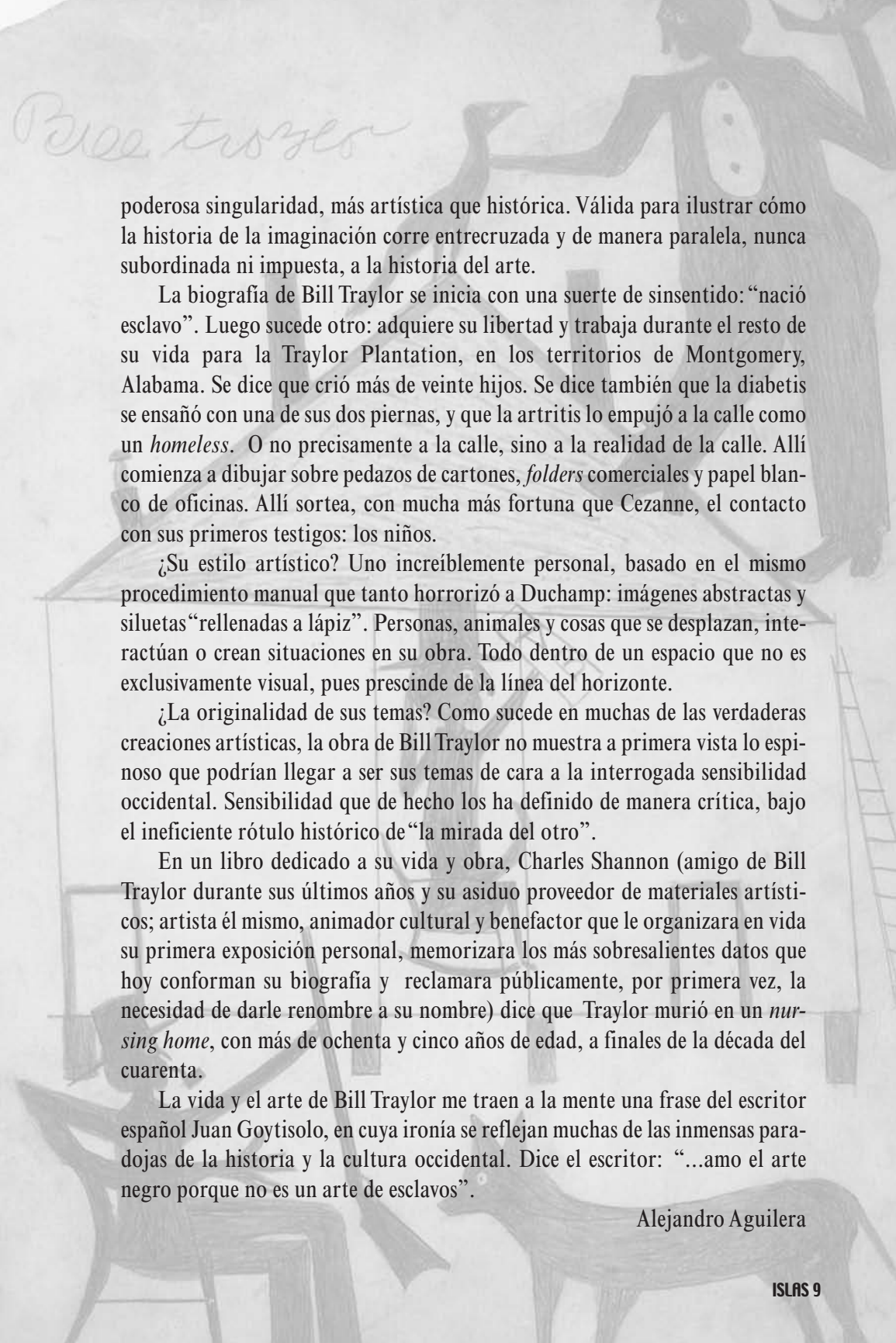


Bill Traylor, una obra singular

Bill Traylor es el primer artista negro autodidacta cuya obra logra alcanzar reconocimiento dentro y fuera de los Estados Unidos. Su caso es de una



poderosa singularidad, más artística que histórica. Válida para ilustrar cómo la historia de la imaginación corre entrecruzada y de manera paralela, nunca subordinada ni impuesta, a la historia del arte.

La biografía de Bill Traylor se inicia con una suerte de sinsentido: “nació esclavo”. Luego sucede otro: adquiere su libertad y trabaja durante el resto de su vida para la Traylor Plantation, en los territorios de Montgomery, Alabama. Se dice que crió más de veinte hijos. Se dice también que la diabetes se ensañó con una de sus dos piernas, y que la artritis lo empujó a la calle como un *homeless*. O no precisamente a la calle, sino a la realidad de la calle. Allí comienza a dibujar sobre pedazos de cartones, *folders* comerciales y papel blanco de oficinas. Allí sortea, con mucha más fortuna que Cezanne, el contacto con sus primeros testigos: los niños.

¿Su estilo artístico? Uno increíblemente personal, basado en el mismo procedimiento manual que tanto horrorizó a Duchamp: imágenes abstractas y siluetas “rellenadas a lápiz”. Personas, animales y cosas que se desplazan, interactúan o crean situaciones en su obra. Todo dentro de un espacio que no es exclusivamente visual, pues prescinde de la línea del horizonte.

¿La originalidad de sus temas? Como sucede en muchas de las verdaderas creaciones artísticas, la obra de Bill Traylor no muestra a primera vista lo espinoso que podrían llegar a ser sus temas de cara a la interrogada sensibilidad occidental. Sensibilidad que de hecho los ha definido de manera crítica, bajo el ineficiente rótulo histórico de “la mirada del otro”.

En un libro dedicado a su vida y obra, Charles Shannon (amigo de Bill Traylor durante sus últimos años y su asiduo proveedor de materiales artísticos; artista él mismo, animador cultural y benefactor que le organizara en vida su primera exposición personal, memorizara los más sobresalientes datos que hoy conforman su biografía y reclamara públicamente, por primera vez, la necesidad de darle renombre a su nombre) dice que Traylor murió en un *nursing home*, con más de ochenta y cinco años de edad, a finales de la década del cuarenta.

La vida y el arte de Bill Traylor me traen a la mente una frase del escritor español Juan Goytisolo, en cuya ironía se reflejan muchas de las inmensas paradojas de la historia y la cultura occidental. Dice el escritor: “...amo el arte negro porque no es un arte de esclavos”.

Alejandro Aguilera